

## Alocución de Pablo VI al Congreso Internacional del VII Centenario de Tomás de Aquino<sup>(\*)</sup>

Nos sentimos muy gozosos de hallarnos aquí entre vosotros, reunidos para celebrar la memoria de Santo Tomás de Aquino en el séptimo centenario de su muerte, por el honor que así se tributa a este Santo Doctor y por el significado que tan numeroso y autorizado sufragio puede suponer para la Iglesia de Dios y la cultura del mundo contemporáneo.

Esta asamblea reconoce, en efecto, la grandeza de Santo Tomás bajo el triple aspecto de la virtud moral, encauzada toda ella a mostrar y facilitar el camino de la ascensión del espíritu humano hacia Dios (cfr. D. Th. C. XV, 1, 633); de la ciencia filosófica, tan ensalzada por nuestro gran predecesor León XIII en la conocidísima Encíclica «*Aeterni Patris*», del 4 de agosto de 1879 (cfr. *Acta*, pp. 225-284), y de la especulación teológica, que, según el mismo célebre documento pontificio y según la connotación histórica clasifica al Aquinate entre los sumos maestros del pensamiento religioso. Nuestra complacencia se acrecienta descubriendo en el homenaje tributado al insigne maestro medieval, no sólo un reconocimiento de su personalidad y del fuerte y decisivo influjo que consiguió su obra tanto en el pensamiento de su tiempo como en el de los siglos sucesivos, sino reconociendo también un claro y significativo testimonio de su actualidad. Vuestra intervención, ilustres Señores, esclarecidos Profesores e inteligentes Estudiantes, demuestra que la voz de Santo Tomás de Aquino no es un simple eco de ultratumba, como la de tantos otros gloriosos pensadores, cuya historia se complace en recordar nuestra cultura moderna, como le es grato descifrar el esfuerzo intelectual que ellos realizan para penetrar los secretos del universo o hallar en sus

---

(\*) Texto original en *Osservatore Romano*, 22-23 abril, 1974.

especulaciones personales una riqueza de expresiones originales y elegantes, sino que demuestra sobre todo que aquella voz del incomparable hijo de Santo Domingo habla todavía a nuestros espíritus, como la de un maestro viviente, cuyas enseñanzas nos resulta precioso escuchar por su contenido siempre válido y actual, del que no pocos de vosotros reconocen la urgente y ciertamente no desdeñable necesidad.

Así ahora no aportaremos ninguna contribución a las muchísimas e interesantísimas relaciones y comunicaciones que han sido aquí prodigadas por vuestra consumada y exuberante cultura, reservándonos más bien la esperanza de que tantos y tan eruditos estudios sean recogidos en una digna publicación y que nos sea accesible también a nosotros de alguna manera, por lo menos en las «*horae subsicivae*» de nuestro apremiante ministerio. Alabaremos más bien y alentaremos el interés que vosotros dedicáis a Santo Tomás: consideramos precioso tal interés para vuestro trabajo intelectual y no sin utilidad para vuestras mismas personas, aspirantes como tantas otras a la conquista de la suprema sabiduría, que coincide con la verdadera Vida.

Pero sin embargo, no queremos desperdiciar la oportuna ocasión que aquí se nos ofrece para recordar a vuestros discípulos, ya que no a vosotros mismos, expertos operarios del pensamiento, cuán útil puede ser todavía hoy tomar asiento en la escuela de Santo Tomás (como también, por mérito común, en la de otros eximios Escolásticos) para aprender, antes que cualquier otra ciencia, el arte de pensar bien. Nos limitamos ahora a insinuar la cuestión de método, de pedagogía intelectual. «*Travailler à bien penser...*», nos advierte Pascal (cfr. *Pensées*, 347). O sea, es necesario prestar atención a la lógica. Decimos lógica en sentido amplio y verdadero; esto es, el uso riguroso y honesto de la inteligencia en la búsqueda de la verdad de las cosas y de la vida. ¿Por qué esta recomendación? Porque tememos que las facultades cognoscitivas de la nueva generación sean fácilmente atraídas y tentadas a quedar satisfechas con las facilidades y la afluencia de los conocimientos sensibles y fenoménico-científicos, o sea, exteriores al espíritu humano, y se vean desviadas del esfuerzo sistemático y comprometido de ascender a las razones superiores, tanto del saber como del ser. Tememos la carencia de la filosofía, auténtica e idónea para sostener hoy el pensamiento humano, sea en el esfuerzo científico coherente y progresivo, sea especialmente en la formación de la mente en la percepción de la verdad en cuanto tal, y capaz, por tanto, de dar al espíritu humano la amplitud y la profundidad de visión a la que está destinado, con peligro de no alcanzar aquellos supremos, al par que fundamentales y elementales conocimientos que puedan promoverlo hasta conseguir su verdadero destino y la feliz sabiduría, indispensable aun siendo inicial, del mundo divino; mientras estamos ciertos de que un correcto, honesto y severo

ejercicio del pensamiento filosófico predispone al espíritu a acoger también aquel mensaje sobrenatural de luz divina, que se llama la fe; lo dice el Señor: «*qui facit veritatem venit ad lucem*» (Jn 3,21).

La escuela de Santo Tomás puede ser para nosotros una propéutica elemental, pero providencial, de aquel alpinismo intelectual, sea filosófico, sea teológico, que exige, sí, el respeto de las leyes del pensamiento tanto en el análisis como en la síntesis, tanto en la búsqueda inductiva como en la conclusión deductiva, indispensable para conquistar las cimas de la verdad y ahorrar a la mente humana la vana experiencia de ilusiones y con frecuencia de frágiles construcciones. Y también para otro fin, siempre en el campo didáctico, pero bastante importante en la economía del pensamiento; es decir, habituar al discípulo (y delante del saber, todos somos discípulos) a razonar en virtud de los principios subjetivos de la verdad y objetivos de la realidad y no según fórmulas que la cultura de moda, favorecida a menudo por tantos coeficientes exteriores y ocasionales, impone a la mentalidad pasiva de un determinado ambiente o de cierto momento histórico. Parece extraño, pero es así: el Maestro Tomás, lejos de privar al alumno de la personal y original virtud de conocimiento e investigación, despierta, más bien, aquel «*appetitus veritatis*» que asegura al pensamiento su siempre nueva fecundidad, y al estudioso su característica personalidad.

Demasiado habría que decir al respecto. Pero basten estas sencillas observaciones para asegurar nuestra estima a todos vosotros, cultivadores de los estudios tomistas, y para alentar vuestra multiforme obra. Así se incrementará el pensamiento especialmente filosófico y tendrá también un sano e indispensable alimento el pensamiento religioso, la fe, que no se opone a la razón sino que tiene necesidad de ella, porque es verdadero lo que afirma Santo Tomás: «*Credere est cum assensu cogitare*» (II-IIae, 2, 1.)

(Trad. I. FARRERES, S. I.)